

Jonathan Rée, *Descartes*. London, Allen Lane, 1974, 204 pp.

En la filosofía contemporánea, Descartes ha quedado sepultado bajo un alud de cargos filosóficos. Se ha dicho que es el origen de las falacias epistemológicas, que el *Cogito* es falso, que las pruebas de la existencia de Dios son viciosas, que su dualismo torna imposibles la identidad de las personas, el conocimiento por percepción y la acción. En fin, es difícil encontrar hoy día un pensador más repudiado que Descartes.

Sin embargo, hay quienes defienden a Descartes. Entre éstos el libro de Jonathan Rée se encuentra en una posición moderada; pero no por moderada deja de ser provocativa. Rée defiende la Física de Descartes, cree encontrar sentidos plausibles a las nociones de mente, idea, duda. Sostiene también que el dualismo de Descartes puede verse de una forma que no es errónea, al igual que su idea del pensamiento. Finalmente, sostiene que el pensamiento de Descartes iba dirigido a un humanismo epistemológico que —sin apelar a Dios— afirma la capacidad humana de conocer en contra del escepticismo. De acuerdo con Rée muchas de las afirmaciones controvertidas de Descartes obedecen al énfasis antipirista que puso en ellas y no a defectos intrínsecos.

Rée está de acuerdo en que Newton supera a Descartes, en que sus teorías del alma, de las ideas, del dualismo, de la inmortalidad del yo y de la existencia de Dios son erróneas y dan lugar a las interpretaciones de los materialistas cartesianos y los empiristas ingleses; pero cualifica su acuerdo mencionando razones diferentes a las que ofrecen otros autores.

Rée exhibe un estilo antiacadémico. Escribe con determinación aunque a veces en forma críptica. Su prosa resulta animada con la inserción de pensamientos de otros autores que van desde Aubrey hasta Marx y Arnold. El texto se ve alimentado por un gran número de notas en donde el especialista y académico encontrará algunas justificaciones para tantas y tan controvertidas afirmaciones.

En verdad, Rée ha escrito un libro simpatizante con Descartes que hará pensar dos veces a aquellos que están prestos a acusar a Descartes de vastos y radicales errores. No creo, sin embargo, que este libro llegue a probar verdadera la filosofía de Descartes o que, por lo menos, la deje inmune a las imputaciones de error. Por ello apunté antes que Rée hace una defensa moderada de Descartes.

Voy a seleccionar algunos puntos de la exposición de Rée para comentar sobre ellos.

Rée admite la noción de idea como lo dado inmediatamente a la mente pero dice que, en la medida en que Descartes afirma que las

ideas son mentales y no físicas, esto le permite alejarse por un lado de la teoría empirista de las ideas (como particulares privados captados por percepción interna) y, por el otro, de la teoría platónica de que las ideas sólo sirven para conocer lo inteligible, nunca lo sensible (p. 81 y ss.).

Esto bien puede ser así, de hecho, pero que Descartes o Rée lo afirmen no elimina la incoherencia en la que se debaten las tales ideas, incoherencia que nace de dos fuentes: por una parte, la tesis de que la idea es indubitable (la posibilidad de error está excluida) y al mismo tiempo da conocimiento, y por la otra, el dualismo metafísico que torna incomprensible el conocimiento perceptual y la acción. Puesto en otras palabras: ¿qué ventajas tiene el evitar la tesis empirista de la idea si se conserva la noción de inmediatez, la cual implica la confusión de juicio e idea? y ¿qué ventajas tiene el decir que las ideas nos dan ambos, conocimiento tanto de lo sensible como de lo inteligible, si al aceptar el dualismo metafísico se torna imposible el conocimiento sensible? El rechazo del dualismo epistemológico requiere del rechazo del dualismo metafísico para que constituya un avance. Curiosamente, Rée no trata el problema de la percepción en Descartes. La cuestión es, entonces, si no hay prueba —porque no hay certeza— de que hay percepción del “mundo externo”. ¿Qué es lo que se percibe? Parece que hay que hipostasiar las ideas, y es lo que hacen los empiristas. Descartes no da respuesta, pero esto no lo salva; por el contrario, le hace doblemente culpable.

Rée defiende el interaccionismo de Descartes (p. 100 y ss.) diciendo que aquél busca sólo un doble reduccionismo, de lo material a la extensión y de lo mental al pensamiento y que al hacer esto no elimina la posibilidad de que lo mental pueda ser eficaz en lo material y viceversa. Lo que vuelve imposible la doctrina de Descartes de acuerdo a Rée no es su dualismo sino la idea de lo mental como un homúnculo.

Es verdad que el dualismo no tiene por qué adoptar la representación de un homúnculo, pero Descartes sí la adoptó. Una forma de ver esto es la de considerar su teoría de las dos sustancias la cual le obliga a negar la posibilidad de toda interacción y por lo tanto, a suponer ocasionalismo o paralelismo.

En otra parte de su exposición (p. 131 y ss.), Rée afirma que la tesis de Descartes acerca del pensamiento no es la noción que defienden los empiristas y tampoco es incompatible con la aceptación de pensamientos inconscientes. Esta es una atrevida afirmación, pues Descartes defiende en múltiples ocasiones el carácter simple, no analizable e inmediato del pensamiento; para él un pensamiento que no es consciente es una contradicción en los términos. Precisa-

mente en base a que todo pensamiento es consciente es que afirma que sólo el pensamiento cumple el requisito de tener una certeza inmune a todo escepticismo filosófico. Las confusiones de la tercera meditación al manejar las tesis de lo claro y distinto son la mejor evidencia de ello. Es verdad que la tesis de Descartes acerca del pensamiento difiere de la de los empiristas, pero esto no quiere decir que quede libre de un vicio que comparte con ellos, a saber, el de la experiencia inmediata. Porque ello es así, por eso es posible tomarla como una instancia de la idea de un Lenguaje Privado. Es de notarse que Rée no vea la tesis del pensamiento en conexión con la tesis de la certeza; Descartes las consideró juntas, de otra forma no hubiera sostenido la doctrina del *Cogito*.

Rée parece aceptar sin reparos el método de la duda cartesiana. Parece también creer en las esencias y dice que Descartes acepta la duda para identificar las esencias de las cosas (p. 70). No repara, sin embargo, en otro motivo para el método de la duda: Descartes sostiene la doctrina de los fundamentos (únicos) de todo conocimiento humano. De otra parte, todavía en la quinta meditación insinúa Descartes que se puede dudar de todo y por lo tanto, tenerlo como falso a no ser por la garantía divina. Estos otros usos de la duda que se multiplican a través de los textos han sido denunciados en la más reciente filosofía como extremadamente perniciosos y viciados.

Finalmente, quiero comentar sobre el humanismo que Rée atribuye a Descartes. Supone Rée que en su última filosofía Descartes, consciente de que sus argumentos para probar la existencia de Dios padecían de circularidad y del vicio epistemológico que permea toda su filosofía, llega a la afirmación desnuda e inocente de que simplemente el hombre conoce, a través de sus ideas claras y distintas, la naturaleza de las cosas. (Es difícil pensar que esta afirmación tiene sentido pero aún admitiéndolo, no parece tener utilidad [filosófica] alguna.) A estas alturas el Descartes de Rée se aparta del Descartes histórico; éste es un metafísico que quiso proveer los fundamentos absolutos y definitivos de todo conocimiento y a través de ellos, de todo ente. Su fundamento es Dios pero la prueba es circular. Rée quiere ver a través de la circularidad y abandona a Renato Descartes para crear su propio Descartes. La verdad es otra, Descartes fracasa y su fracaso es revelador de ese tipo de metafísicas.

Es más fecundo ver por qué fracasan las metafísicas absolutistas que buscan el fundamento de todo que intentan salvar haciéndolas desembocar en la resignación del sentido común. (Nada más absurdo que un filósofo que comienza prometiendo los principios metafísicos del todo y termina aceptando al sentido común —toda vez que sus

argumentos han fracasado.) En todo caso, una vez que Rée abandona a Renato Descartes para crear su propio Descartes debe, paralelamente, ofrecer argumentos en favor del mismo supuesto que la evidencia histórica ya no puede ser relevante.

Sería injusto terminar estos comentarios sin enfatizar los méritos del trabajo de Rée. Su exposición de los aportes científicos de Descartes, la exhibición de las dificultades que aquejan esa teoría del alma, la exposición de las dificultades del dualismo, el diagnóstico del vicio que afecta la prueba ontológica de la existencia de Dios son algunos de los aportes de este libro.

ENRIQUE VILLANUEVA

Jan Lukasiewicz, *Para una historia de la Lógica de Enunciados*. Introducción y versión al castellano de J. Sanmartín Esplugues. Cuadernos Teorema 3, Valencia, Universidad de Valencia, 1974, 41 pp.

Hay dos modos de escribir la historia de la lógica. Uno que ejemplifica, en el marco de la lógica pre-matemática, C. Prantl en su monumental *Geschichte der Logik im Abendlande* (1855-70), con su erudición complacida y sus errores conspicuos más allá de los datos válidos que aporta. Otro muy distinto es el que comienza a darse en los años treinta pues genera en lo sucesivo una tradición muy distinta, iluminada por la producción científica en lógica matemática. No es que sólo entonces se comience a trabajar a esa luz sino que las obras que se produjeron con anterioridad, con esa perspectiva, aparecen como hitos aislados, fuera de una corriente de investigación más o menos continua. La monografía de L. Couturat (1901) sobre Leibniz es un caso de este tipo. Muy distintas en cambio son dos obras de pequeño volumen pero riquísimas de contenido, de sugerencias de trabajo y de aportes bien concretos. Una de ellas, *Abriss der Geschichte der Logik* de Heinrich Scholz (1931), en escasas noventa páginas nos presenta un trabajo lleno de vitalidad infundida por la consideración de la historia a través de la investigación en curso en uno de los periodos más fértiles de producción lógica en este siglo. La otra es un artículo definitivo de Lukasiewicz sobre la lógica estoica y sus prolongaciones en las lógicas de enunciados medieval y actual. Publicado originalmente en polaco (1934) e inmediatamente en alemán (*Erkenntnis*, 1935), *Para una historia de la Lógica de Enunciados* ejerce una influencia manifiesta en el trabajo de investigación. Hay una versión inglesa reciente pero de poca difusión, y el interés que posee el trabajo ha sido y es tal que debe